LO HORRIBLE

LO HORRIBLE

La noche templada se acercaba lentamente.

Las mujeres quedaron en el salón de la quinta. Los hombres, sentados á caballo sobre las sillas del jardín, fumaban ante una mesa redonda llena de tazas y copitas.

Los cigarros brillaban como ojos en la sombra cada vez más densa. Habían contado un terrible accidente acaecido la víspera: dos hombres y tres mujeres que se ahogaron en el río frente á la quinta, á la vista de los invitados.

El general G... dijo:

—Sí, estas cosas son conmovedoras, pero no son horribles.

Horrible, esa vieja palabra, es más expresiva que

terrible. Un accidente como el ocurrido trastorna, conmueve, asusta; no enloquece. Para experimentar el horror se necesita algo más que la emoción del alma y que el espectáculo de una muerte violenta. Se necesita una sensación de misterio ó de espanto anormal, sobrehumano. Un hombre que muere, aún en circunstancias dramáticas, no inspira horror; un campo de batalla no es horrible; la sangre no es horrible; los crímenes más viles rara vez son horribles.

Voy á contaros dos ejemplos personales que me hicieron comprender lo que es el Horror.

Era en 1870. Nos retirábamos hacia Pont-Audemer, después de atravesar Ruán. El ejército, compuesto de unos veinte mil hombres despeados, desmoralizados, iba á reponerse al Havre.

La tierra estaba cubierta de nieve. Anochecía. No habíamos comido desde la víspera. Huíamos aprisa porque los prusianos estaban cerca.

La campiña normanda, lívida, manchada por las sombras de los árboles que rodean las granjas, se extendía bajo un cielo negro, pesado y siniestro.

Sólo se oía en aquella obscuridad crepuscular el ruido confuso, blando y poderoso, sin embargo, del rebaño humano puesto en marcha. Los hombres,

encorvados, sucios, harapientos, se apresuraban andando por la nieve con paso largo y cansado.

La piel de las manos se pegaba á las culatas, porque helaba aquella noche. A menudo veía un soldado quitarse los zapatos para andar, tanto padecía, y en cada huella dejaba una mancha de sangre. Luego, al cabo de un rato, se sentaba en la cuneta para descansar un momento, y ya no se levantaba. Hombre sentado era hombre muerto.

¡Cuántos soldados hemos dejado detrás de nosotros, que se prometían alcanzarnos después de reposar unos minutos! Apenas habían dejado de moverse, de hacer circular por sus miembros entumecidos su sangre casi inerte, una postración general les clavaba en el suelo, cerraba sus ojos y paralizaba en un instante aquellas máquinas humanas averiadas por las marchas y el hambre. Se desplomaban algo, con la frente tocándoles las rodillas, pero sin acabar de caer, pues sus miembros y su tronco quedaban inmóviles, duros como piedra y no era posible doblarlos más ó estirarlos.

Nosotros, los más robustos, continuábamos andando, helados hasta las entrañas, avanzando por el impulso inicial por entre aquella obscuridad y nieve, por aquella campiña fría y mortal, aplasta-

dos por el pesar, por la derrota, por la desesperación; aniquilados sobre todo por la abominable sensación del abandono, de la muerte, de la nada.

Vi á dos gendarmes que traían un hombrecillo raro, viejo, de aspecto sorprendente.

Buscaban un oficial creyendo haber cogido un espía.

La palabra «espía» circuló pronto entre los rezagados, que formaron círculo en torno del preso. Una voz gritó: «¡Hay que fusilarle!» Y todos aquellos soldados que se caían de fatiga, que no se caían porque se apoyaban en sus fusiles, se estremecieron invadidos por aquella cólera que impulsa á las muchedumbres al asesinato.

Quise hablar; era entonces comandante; pero entonces nadie hacía caso á los jefes y me hubieran fusilado á mí también.

Uno de los gendarmes me dijo:

—Hace tres días que nos sigue. Pide á todo el mundo noticias de la artillería.

Traté de interrogar al detenido:

—¿Qué hace usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué nos sigue?

Balbuceó unas palabras en un dialecto incomprensible.

Era, en verdad, un sér raro; tenía los hombros estrechos, la mirada astuta y demostraba tanta turbación ante mí, que no dudé de que fuera un espía. Parecía viejo y débil. Me miraba de soslayo, con expresión humilde, estúpida y astuta.

Los soldados gritaban:

—¡Fusilarle! ¡Fusilarle!

Dije á los gendarmes:

—¿Respondéis del preso?

Aun no había acabado estas palabras cuando un empujón terrible me derribó al suelo y ví que los soldados, furiosos, se apoderaban del desdichado, le golpeaban, le arrastraban hasta fuera del camino y le echaban contra un árbol. Cayó, casi muerto ya, en la nieve.

En seguida le fusilaron. Los soldados disparaban contra él, volvían á cargar las armas y disparaban de nuevo con encarnizamiento salvaje. Se peleaban para hacerse sitio, desfilaban ante el cadáver y disparaban, como se desfila ante un féretro para echar agua bendita.

De pronto resonó un grito:

—¡Los prusianos! ¡Los prusianos!

Y oí el rumor formidable de todo el ejército que corría.

El pánico nacido de los disparos hechos contra aquel vagabundo había enloquecido á los mismos ejecutores, los cuales, sin comprender que ellos mismos habían producido la alarma, huían desalados.

Permanecí sólo ante el cuerpo y los dos gendarmes, á quienes el deber había retenido á mi lado.

Movieron aquel cadáver destrozado y sangriento.

—Hay que registrarle, dije.

Y les alargué mi caja de cerillas. Uno de los gendarmes alumbraba al otro. Yo estaba de pie entre los dos.

El que movía el cuerpo, declaró:

—Viste blusa azul, camisa blanca, pantalón y zapatos.

La primera cerilla se apagó; encendieron otra. El gendarme añadió, volviendo los bolsillos:

—Un cuchillo con cachas de cuerno, un pañuelo á cuadros, una tabaquera, un trozo de bramante, un mendrugo.

Se apagó la segunda cerilla. Encendimos la tercera. El gendarme, después de palpar el cadáver durante un minuto, declaró:

—No hay nada más.

Yo dije:

—Desnudadle; quizá tenga algo entre el vestido y la piel.

Y para que los dos soldados estuviesen más libres, les alumbré yo mismo. A la luz de las cerillas les veía quitar las prendas de ropa una por una y desnudar aquel montón de carne aun caliente y muerta.

De pronto uno de los gendarmes balbuceó:

—¡Diablo! ¡Es una mujer, comandante!

No puedo explicar la punzante angustia que me oprimió el corazón. No podía creerlo: me arrodillé ante aquella masa informe: ¡era una mujer!

Los dos gendarmes, asombrados y cortados, esperaban que yo emitiese mi opinión.

No sabía qué pensar ni qué suponer.

Entonces el cabo dijo lentamente:

—Acaso venía en busca de su hijo que sería artillero y del que no tenía noticias.

El otro contestó:

—Quizá sí.

Y yo, que había visto cosas muy terribles, me eché á llorar. Y sentí ante aquella muerta, en la noche helada, en el centro de aquella llanura negra, ante aquel misterio, ante aquella desconocida asesinada, lo que significa la palabra: «Horror».

Experimenté esta misma sensación el año último, interrogando á uno de los supervivientes de la expedición Flatters, un tirador argelino.

Ya sabe usted los detalles de este drama atroz. Pero hay uno que debe ignorar.

El coronel iba al Sudán por el desierto, y atravesaba el inmenso territorio de los tuaregs, que son, en aquel océano de arena que va del Atlántico á Egipto, una especie de piratas tan temibles como los que infestaban los mares en otras épocas.

Los guías de la columna eran de la tribu de los Chambaa, de Uargla.

Un día levantaron el campamento en un punto desierto, y los árabes declararon que, estando un poco lejos el manantial, irían á buscar el agua con los camellos. Un soldado avisó al coronel la traición de qué era víctima. Flatters no lo creyó, y acompañó el convoy con los ingenieros, los médicos y casi todos los oficiales. Fueron asesinados en torno del manantial, y los camellos pasaron á poder de los tuaregs.

El capitán del destacamento de Uargla, que quedara en el campamento, tomó el mando de los su-

pervivientes spais y tiradores, y emprendieron la retirada abandonando bagajes y víveres por falta de caballerías. Pusiéronse, pues, en camino por aquellas soledades sin sombra ni término, bajo los rayos del sol que les abrasaban desde la mañana á la noche.

Una tribu vino á someterse y trajo dátiles: estaban envenenados. Murieron casi todos los franceses, y entre ellos el último oficial.

Sólo quedaban algunos spais con el cabo Pobeguín, y tiradores indígenas de la tribu de Chambaa. Aun quedaban dos camellos. Una noche desaparecieron con dos árabes.

Entonces los supervivientes comprendieron que era preciso devorarse unos á otros, y, apenas descubierta la fuga de los camellos, se espaciaron hasta ponerse fuera del alcance de sus respectivos fusiles, pero sin perderse de vista; y así anduvieron horas y horas bajo el inflamado cielo.

Cuando encontraban un manantial, todos bebían uno después de otro, pero guardando también las distancias. Y andaban por la extensión llana, levantando esas columnitas de polvo que indican desde lejos, en el desierto, el paso de un hombre.

Pero una mañana, uno de los soldados oblicuó

bruscamente, acercándose á su vecino. Todos se detuvieron para mirar.

El hombre hacia el cual iba el soldado hambriento no huyó; se limitó á agacharse y apuntó al que venía. Cuando le creyó á tiro, disparó. El soldado quedó indemne, y, apuntando á su vez, mató á su camarada.

Entonces acudieron todos para obtener su parte. Y el que había matado, descuartizó al muerto y distribuyó la carne. Y de nuevo se alejaron uno de otro aquellos aliados irreconciliables, hasta que un nuevo asesinato volviera á reunirlos.

Durante dos días se alimentaron con aquella carne humana. Luego, hambrientos otra vez, el que matara antes volvió á matar, y como un carnicero distribuyó el cadáver entre sus compañeros, no quedándose más que su parte.

Y así continuó aquella retirada de antropófagos.

El último francés, Pobeguín, fué asesinado junto á un pozo la víspera de la llegada de socorros.

¿Comprenden ustedes ahora lo que entiendo por lo horrible?

Esto es lo que nos contó la otra noche el general de G...

UN PARRICIDIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO